

La ciudad desde el consumo: Kropotkin y la Comuna anarquista de *La conquista del pan*

THE CITY FROM THE PERSPECTIVE OF CONSUMPTION: KROPOTKIN AND THE ANARCHIST COMMUNE IN *THE CONQUEST OF BREAD*

José Luis OYÓN*

PÁGINAS 105-122

Fecha de recepción: 2014.01.29 • Fecha de revisión: 2014.06.02 • Fecha aceptación: 2014.06.04

RESUMEN

La conquista del pan de Piotr Kropotkin fue como se sabe el libro de cabecera, el libro de las « ideas » del movimiento obrero anarquista en la España del siglo pasado. De manera explícita, la ciudad, la comuna insurrecta, se ofrece en el texto del revolucionario ruso como utopía donde imaginar los trazos esenciales de la futura sociedad emancipada. El libro construye un proyecto territorial en coherencia con otros artículos y textos del autor, algunos de ellos, como *Campos, fábricas y talleres*, bien conocidos en el mundo de la geografía radical y los estudios urbanos críticos. Este artículo disecciona *La conquista del pan* como texto que expone las líneas esenciales de una sociedad anarquista inspirada en una visión de *la ciudad desde el consumo* socializado. La nueva sociedad emancipada que se propugna en el libro se asienta en un nuevo espacio que revoluciona la concepción capitalista del abastecimiento, la vivienda y los servicios públicos urbanos. A modo de sugerencia para futuras investigaciones, el artículo se pregunta finalmente sobre la posible filiación de *La conquista del pan* con el rico imaginario de proyectos de ordenación territorial y luchas sobre el consumo urbano generados en el anarconsindicalismo de los años treinta y sobre la posible relectura de libro a la luz de la cuestión urbana hoy en día.

PALABRAS CLAVE

Urbanismo anarquista; geografía anarquista; consumo; urbanismo protoecológico

ABSTRACT

The Conquest of Bread by Piotr Kropotkin was a bedside book, the book of “ideas” for the anarchist labor movement in Spain in the last century. The city, the insurrectionary Commune, is explicitly presented in the text of the Russian revolutionary as an imagined utopia incorporating the essential characteristics of an emancipated future society. The book suggests a territorial project in line with other articles and texts of the author, some of them well-known in the fields of radical geography and critical urban studies such as *Fields, Factories and Workshops*. This article analyzes *The Conquest of Bread* as a text that shows the essential lines of an anarchist society inspired by a vision of the city as a form of socialized consumption. The new emancipated society advocated in the book is based on a new space that revolutionizes the capitalist concept of supply, housing and urban public services. As a suggestion for future research, the article finally asks about the possible affiliation of *The Conquest of Bread* with the rich imagination of anarcho-syndicalist planning projects and struggles over urban consumption generated in the thirties and the possible reinterpretation book in light of the urban question today.

KEYWORDS

Anarchist urbanism ; anarchist geography; consumption; proto-ecological urbanism

A José Soler

Es de sobra conocido que *La Conquista del pan* fue en España un libro de referencia fundamental del movimiento obrero anarquista del primer tercio del siglo XX. Escrito para ser leído sin dificultad por trabajadores, era el libro donde, a manera de utopía a alcanzar, el revolucionario ruso exponía sus ideas anarco-comunistas, donde delineaba con persuasión los rasgos de la futura sociedad liberada. Acaso no se ha insistido lo suficiente, sin embargo, en que la ciudad, la comuna insurrecta, se ofrece en el discurso de Kropotkin como el escenario escogido para imaginar los trazos esenciales de esa futura sociedad emancipada. El siempre atento Max Nettlau señaló ya en 1932 que la indiscutible intención del príncipe anarquista cuando escribió el libro fue delinear “la utopía de una gran ciudad sublevada, que procla-

* Catedrático del Departament d'Urbanisme i Ordenació del Territori. Universitat Politècnica de Catalunya. email: jose.luis.oyon@upc.edu

maba su autonomía y, asediada por sus enemigos, resolvía su vida social con sus propios recursos. Era la Comuna de París tal como debiera desenvolverse al proclamarse otra vez”, concluía (Walter & Becker, 1998:9). En efecto, de forma mucho más que implícita, el libro construye un proyecto territorial; un proyecto, como se verá, donde la ciudad no es simple ejemplo ilustrativo sino que encaja a la perfección hasta alcanzar coherencia con toda una serie de textos coetáneos del revolucionario ruso sobre la ciudad y el territorio de la futura sociedad emancipada. El objeto de las líneas que siguen es justamente poner de relieve esa ciudad que asoma abiertamente en diferentes pasajes de *La conquista del pan*. El artículo recuerda primero el enorme impacto del libro en el obrerismo español. Articulada en una concepción descentralizada del territorio donde se integran campo y ciudad, se esbozarán después las líneas esenciales de una sociedad anarquista fundamentada en una concepción de *la ciudad desde el consumo* socializado: un nuevo espacio sobre la base de una organización diferente del abastecimiento, de la vivienda y de los servicios públicos urbanos. El artículo se pregunta finalmente sobre la posible trascendencia de *La conquista del pan* en las diversas visiones y luchas que sobre la ciudad y el consumo urbano se vehicularon en los círculos anarquistas y anarcosindicalistas de los años treinta y sobre la relevancia de la visión kropotkiniana de la ciudad desde el consumo en los estudios urbanos críticos hoy en día.

Trascendencia del libro en el obrerismo anarquista español

Al sindicarse en la renacida CNT de la caída del franquismo, un viejo amigo evocaba cómo cayó en sus manos *La conquista del pan*. Era, decía, algo habitual entre algunos trabajadores que se hacían con el nuevo carnet confederal. Tras un largo período de olvido, el viejo libro de Kropotkin reaparecía con fortuna, reeditándose varias veces en diversas editoriales. Por supuesto, generaciones anteriores lo habían venido leyendo antes que él en condiciones más difíciles. En la Barcelona del primer siglo XX, llevar consigo *La conquista del pan* era la señal de identificación del anarquista, la forma de distinguir a “uno de los nuestros”. *La conquista* era el libro que leían en alto los obreros letrados a los analfabetos, el que acompañaba como pequeño tesoro en su maletín de campaña a Cipriano Mera, el que oímos recitar solemnemente a los jóvenes anarquistas de la revolución de Asturias en *Los jinetes del alba*, la novela de Jesús Fernández Santos (Fernández Santos, 1984; Aranda, 1990).

Decenas de miles de ejemplares corrieron en efecto por las manos de los obreros españoles del primer siglo XX. Carlos Díaz comentó hace cuarenta años –Frank Mintz lo ha recordado no hace mucho– que *La conquista del pan* figuraba entre los cinco libros políticos más leídos por la clase obrera española (Díaz, 1973:7-10; Mintz, 2005:12). Ignacio C. Soriano y Francisco Madrid han anotado en su excelente *Bibliografía del anarquismo en España, 1868-1939*, las numerosas ediciones del texto, comenzando por una tempranísima traducción al castellano en la prestigiosa editorial madrileña La España Moderna, justo al año siguiente de la salida al mercado de la versión original en la editorial parisina Stock en 1892 (Soriano & Madrid, 2012). El libro conoció al menos otras cuatro ediciones en español en esa década: una en Buenos Aires por el grupo Juventud Comunista Anarquista en 1894, otra para la Revista Nueva en 1899, una tercera en la Imprenta de La Ciencia Ilustrada y una finalmente del mismo año para la Revista Blanca, cuando Federico Urales se hizo con los derechos de edición. De esa edición se tiraron al menos 16.000 ejemplares (tal vez en dos impresiones hechas en Madrid en 1900 en las imprentas de Antonio Marzo y de Valero Díaz). El precio inicial de tres pesetas de la primera edición de 1893 bajó a sólo una peseta en 1900, un importe claramente popular y por debajo del jornal del obrero no cualificado de la época. Con el cambio de siglo, va a ser la editorial valenciana Sempere la que tome el relevo: cinco ediciones sucesivas a una peseta que alcanzaban en 1909 los 50.000 ejemplares –28.000 vendidos en España y el resto en América– anunciándose una nueva reimpresión de 8.000. La traducción era de León Ignacio, la más conocida de todas. Las tiradas de *La conquista del pan* en Sempere fueron claramente superiores a las de otros

libros del mismo autor, como *Palabras de un rebelde* (14.000 ejemplares vendidos en España, 5.000 en América) o *Campos, fábricas y talleres* (6.000 y 10.500, respectivamente). A la altura de la Gran Guerra, y antes de una nueva reimpresión por la editorial convertida ahora en Prometeo, el libro había sido editado por Presa, Atlante y Maucci en Barcelona. Con precios todavía muy asequibles (1,5 pesetas para unos salarios reales que ascendieron con firmeza al terminar el conflicto y durante la República), el texto conoció nueva fortuna en los años republicanos, siendo otra vez editado en Barcelona por Bauzá y en Valencia por Estudios. De todas las ediciones posteriores a la de Sempere no tenemos datos de tiradas. Es posible en cualquier caso que al estallar la Guerra Civil, y tras su larga carrera de cuarenta años de difusión en distintas editoriales, se hubieran impreso más de 100.000 ejemplares, una cifra sólo equiparable a las tiradas de folletos de bastante menor volumen y precio como *El comunismo libertario* de Isaac Puente o como los que publicó la editorial anarquista Vértice desde finales de los años veinte (Álvarez Junco, 1976; Puente, 1932)¹.

El atractivo del libro para el mundo obrero español de la época reside en primer lugar en su habitual lenguaje: claro, sencillo y a la vez argumentativo. Esas virtudes de la escritura de Kropotkin no sólo nacen del interés siempre manifestado por el ruso por divulgar y hacerse entender entre medios obreros, un interés presente desde sus primeros artículos en *Le Revolté* en 1879, sino del objetivo confesado del libro que no era otro que “desarrollar la parte constructiva de una sociedad anarco-comunista, hasta donde sea posible concebirla” (Kropotkin, 2005:931). Si los artículos compilados en 1885 como *Palabras de un rebelde* desarrollan primordialmente los aspectos destructivos del anarco-comunismo, *La conquista* se propone en cambio construir, describir de manera nítida y entendible el proyecto de la nueva sociedad que se despliega desde el momento mismo de la definitiva insurrección revolucionaria. A la manera de utopía que ha de ser realmente construida, una utopía que se enfrenta a cuestiones prácticas e inmediatas, la sociedad anárquica del Kropotkin de *La conquista del pan* se desarrolla sin atajos desde el mismo estallido revolucionario. El libro pretende dibujar tal utopía con atractiva nitidez. A la vez que se descartan las vías muertas que llevan la revolución a un callejón sin salida, se definen con exactitud los objetivos que se deben alcanzar de manera inmediata y los medios más efectivos para hacerlos realidad una vez derribados los obstáculos. La claridad y precisión del lenguaje son necesarios para reflejar la claridad y precisión del nuevo edificio que se pretende construir. Y es muy probable que la concreción, sencillez y claridad del diseño del nuevo edificio, de la nueva sociedad del comunismo anárquico, fuera uno de los atractivos del libro para los obreros españoles.

No suele recordarse que la ciudad, la comuna insurrecta, figura en el discurso de *La conquista del pan* como la utopía elegida donde imaginar los rasgos esenciales de la futura sociedad emancipada. Como se vio más arriba, Max Nettlau lo remarcó ya en los años treinta. Esa futura sociedad liberada es la utopía de una gran ciudad sublevada, autónoma y que, asediada por sus enemigos, debe valerse de sus propios recursos y reeditar de forma exitosa la fallida Comuna de París. De forma mucho más que implícita, el libro construye un proyecto territorial, un proyecto, como se verá, que no es simple ejemplo ilustrativo sino que encaja a la perfección hasta alcanzar coherencia con toda una serie de textos coetáneos del revolucionario ruso sobre la ciudad y el territorio de la futura sociedad emancipada. La “idea” anarco-comunista del revolucionario ruso posee por tanto un espacio de despliegue

¹ Una idea de algunas tiradas de estos folletos en la imprenta-editorial Vértice y de precios bastante inferiores siempre a los del libro de Kropotkin (como por ejemplo *Doce pruebas de la inexistencia de Dios* de Sebastián Faure, *El primero de Mayo* y *La anarquía ante los tribunales* de Pietro Gori o *Entre campesinos* de Malatesta) en Álvarez Junco, 1976, Apéndice bibliográfico. La edición consultada de *Campos, fábricas y talleres* (1899) ha sido la de histórica sw E. Bauza y la de *Palabras de un rebelde* la reciente de Edhasa, con prólogo de Miguel Morey pero sin el prefacio original de Eliseo Reclus). Quiero agradecer a Susana Tavera sus fraternales consejos bibliográficos.

del que resulta inseparable. Ello no debe sorprender porque el espacio es elemento absolutamente constitutivo del proyecto económico del ruso. Los primeros anarco-comunistas eran geógrafos. Kropotkin, como su amigo Reclus que publica *Palabras de un rebelde*, escribe el prólogo y sugiere el título de *La conquista del pan*, eran geógrafos. Marx (o el mismo Bakunin) era a-espacial. Kropotkin dibuja la nueva sociedad a través de una nueva geografía, de una nueva ciudad. A través del análisis de la producción capitalista, Marx habla de dotarse de los medios de derribar la vieja sociedad, pero sin parar apenas la atención (bastante hizo con lo primero) en su despliegue presente o futuro en el espacio. La nueva sociedad imaginada en la utopía de Kropotkin *produce* su propio espacio, su propia ciudad². En *La conquista del pan*, los obreros anarquistas españoles del primer tercio de siglo XX aprendían no sólo que la expropiación, como apuntaba ya el capítulo final de *Palabras de un rebelde*, era el medio para conseguir el “bienestar para todos”; que las riquezas del mundo daban para todos y se podía trabajar bastante menos y repartir entre todos el trabajo más duro, sino que lo hacían a la vez contemplando como prueba tangible un modelo de ciudad futura, una utopía construida de comuna en anarquía.

El consumo por delante de la producción

Contaba Manuel Cruells, que en los años de la Barcelona de entreguerras, preguntó un día a un compañero de la CNT por qué era anarquista: “Me contestó que pasaba tanta hambre que un trozo de pan seco era para él la gloria. Vio a un amigo que llevaba el título de *La conquista del pan* de Kropotkin, y se dijo: éstos son de los míos” (Mintz, 2005:14). La tarea específica que el anarquista se impone, dice el ruso en efecto, es que “desde los primeros días de la revolución, y mientras ésta dure, no haya un solo hombre en el territorio insurrecto a quien le falte pan, ni una sola mujer que se vea obligada a hacer cola ante una panadería para recoger el pedazo de pan de salvado que le quieran arrojar de limosna, ni un solo niño a quien falte lo necesario para su débil constitución” (Kropotkin, 2005:65)³. El subconsumo es hasta la Primera Guerra Mundial característica esencial de gran parte del proletariado rural y urbano en España. Con la subida de los salarios reales de la postguerra y de los años republicanos la situación experimentó cambios. Pero persistió una franja, más estrecha aunque no menos visible, de obreros en paro, de jornaleros no cualificados y trabajadores intermitentes que engrosó de forma significativa en las grandes ciudades las filas de una CNT progresivamente radicalizada y antirrepublicana (Oyón, 2007). *La conquista del pan* explicaba que el sistema de retribución en anarquía no sería en la forma asalariada de los capitalistas o de los socialistas colectivistas, con diferencias de remuneración en función de la cualificación; que nadie trabajaría más de cinco horas diarias; que el trabajo manual mas duro y monótono habría de ser compartido por todos, puesto que trabajo manual e intelectual deberían combinarse. Nadie más interesado que los obreros más pobres en defender ese programa. Pero lo más importante del razonamiento de Kropotkin era seguramente cómo explicaba que “todo es de todos”, que las riquezas del mundo son suficientes para poder

² Sobre el Kropotkin geógrafo y los geógrafos anarquistas ver Breitbart, 1988 y Ferreti, 2007. La dimensión urbana utópica del anarquismo, señalada por algunos autores como Harvey, está presente desde el siglo XIX en anarquistas como por ejemplo Déjacques o, más tarde, Mella en España.

³ Todas las referencias sucesivas se harán en relación a esta edición, la más completa. La edición corrige y actualiza la traducción de León Ignacio para la editorial Sempere incorporando material de la edición francesa original de Stock -298 pp. en 18°, marzo 1892-, entre otras varias notas y un prólogo de Eliseo Reclus. El cotejo con la traducción de León Ignacio se ha hecho a través de la edición de Libros Río Nuevo, Barcelona, 1977 (3ª). Como casi todos los libros de Kropotkin, el libro se construyó en base a series de artículos previamente publicados, como explica Nettleau, 1978: 125). Lo esencial del libro apareció como serie en *Le Revolté* con “L'expropriation”, 14 Febrero 1886 y continuó más tarde en *La Revolte*, terminando en 1891. Es importante la consulta de los quince artículos paralelos y coetáneos aparecidos en *Freedom* entre 1886 y 1890 y que, en lugar de centrarse en la revolución en una ciudad como en *La Conquista*, se aplican a la revolución en un país como Inglaterra (Kropotkin, 1988: Introducción, 12). Es de interés también la consulta de Kropotkin, 1887a y 1887b.

vivir y satisfacer las necesidades básicas de la totalidad de la humanidad si están bien repartidas. No hay pues que reivindicar el derecho al trabajo, sino más directamente “el derecho al bienestar, al bienestar para todos” (Kropotkin, 2005a:29-30). Lo más atractivo era esa inmediatez con la que el libro planteaba de partida la solución de las necesidades básicas, la salida liberadora del subconsumo crónico que afectaba a gran número de familias obreras españolas. Nunca se insistirá bastante en que, excepto el reducido número de los obreros de oficio, gran parte de los obreros industriales y agrícolas de antes de la Primera Guerra Mundial difícilmente conseguían alcanzar con el jornal el sustento de sus familias, pagar el alquiler con desahogo o vestir adecuadamente. Lo fundamental era acabar de entrada con la miseria, como dirá el ruso en un texto coetáneo: “Sacude la miseria, empieza por comer, cambia tus harapos por un vestido y tu cuchitril por un albergue saludable. Luego, enténdete con todos, para que tu liberación de la miseria pueda durar, para que tu comida no sea festín de un día” (Kropotkin, 1978:91). El inaplazable deseo de desprenderse de una vez de la miseria (de conseguir inmediatamente, como el obrero de Cruells, “un trozo de pan”) que evoca *La conquista* con prosa clara y sencilla fue, creo yo, el poderoso mensaje liberador que explica su fortuna entre los más pobres.

Si nos fijamos bien, esa llamada a acabar de un golpe con la miseria era para Kropotkin algo más que un simple reclamo revolucionario. En *La conquista del pan* se observa en efecto que la no satisfacción de las necesidades básicas, la miseria, era en realidad el auténtico concepto fundador de toda la teoría económica de Kropotkin. La riqueza tiene su origen en la miseria, su causa primera. “Es la miseria quien ha hecho los ricos (), decía el ruso. Cuando no haya miserables, no habrá ricos para explotarlos” (Kropotkin, 2005a:175, 52). La riqueza del barón feudal sólo es posible con campesinos hambrientos y sin tierras, desposeídos, la del industrial porque los “trabajadores no tienen ni para vivir un mes, ni siquiera una quincena () Meditad acerca del origen de todas las fortunas, grandes o pequeñas, provengan éstas del comercio, de la banca, la industria o la tierra. En todos los casos comprobareis que la riqueza de unos se ha hecho con la miseria de otros” (Kropotkin, 2005a: “La expropiación”, 51-62, 57). Kropotkin resalta en particular que los males de la sociedad y la explotación no se deben a la “apropiación capitalista de la *plusvalía* o beneficio sino al hecho mismo de que estos beneficios sean posibles, es decir a la existencia de millones de personas que no tienen literalmente de qué vivir si no es por su fuerza de trabajo, la cual se ven obligados a vender a un precio que hace posible las plusvalías de sus compradores” (Kropotkin, 1977:289). Las necesidades del obrero son tantas, su miseria tal, que se ve obligado a malvender su fuerza de trabajo: ahí se sitúa el origen del beneficio. La fuente primera de éste no está pues en el proceso de trabajo en sí, sino que se sitúa antes de ese proceso, en la misma posibilidad de que el obrero se vea obligado a trabajar, en la propia coyuntura de máxima necesidad que convierte imperativamente al individuo en trabajador asalariado. Si no tuviera necesidades o éstas estuvieran bien cubiertas, no tendría obligación de trabajar o exigiría en todo caso un alto precio por sus servicios. Ahí, en ese momento previo que cuestiona en origen la obligación misma del trabajo se sitúa la posibilidad o no de la explotación, la raíz misma del beneficio capitalista: para que exista explotación ha de haber primero quien trabaje, disposición del obrero potencial a trabajar. Kropotkin siempre criticó de Ricardo y de Marx una teoría del valor-trabajo que no veía empíricamente bien fundada. Tuvo, de hecho, la intención de elaborar una crítica a fondo de esa teoría y estudiar hasta qué punto el valor de cambio de una mercancía se mide realmente por el monto total del trabajo necesario para su producción, como se intuye por ejemplo en su crítica al mutualismo y al colectivismo –y parece que encargó de hecho tal tarea a su amigo economista Cherkosov (Kropotkin, 1887b:150). Al no sustanciarse tal crítica, el ruso realiza un atajo conceptual que sitúa la explotación en el momento previo a la entrada en el proceso de trabajo. Sin la satisfacción de las necesidades básicas continuará habiendo individuos míseros y en consecuencia explotación, riqueza y desigualdad (Es lo que también explicaba Reclus

cuando hablaba de la *ley de bronce* de los obreros, “en virtud de la cual el hambriento está condenado por su hambre misma a no percibir por su trabajo más que una ominosa remuneración de miseria” (Reclus, 1887:94). El propio Kropotkin explica en *La conquista del pan*, donde el argumento es más claro y recurrente: “la miseria fue la causa primera de las riquezas. Fue ella quien creó al primer capitalista. Porque antes de acumular la ‘plusvalía’, de la que se habla gustosamente tanto, era preciso que hubiese miserables que consintieran en vender su fuerza de trabajo para no morir de hambre. Es la miseria quien ha hecho a los ricos” (Kropotkin 2005a:175, *passim*). La fuente de todos los males radica pues en la miseria, en la previa insatisfacción de las necesidades más elementales de supervivencia; en el consumo, o mejor, en el *subconsumo* desencadenante y causa primera de la explotación.

La conclusión de cara a la fundación de una economía de la liberación es lógica: hay que producir para satisfacer primero esas necesidades básicas haciendo así imposible la miseria. Hay que pensar la economía desde el consumo en lugar de desde la producción: “En economía política primero debe estudiarse el *consumo* y no la *producción*”. Satisfechas las necesidades básicas de consumo (alimento, vivienda y vestido), se elimina de raíz la posibilidad misma del beneficio capitalista, de la riqueza, pues el individuo jamás aceptará malvender sus capacidades de trabajo. Toda la atención debe pues centrarse en estudiar y solventar primero esas necesidades: “lo primero el pan”. Con Kropotkin toma cuerpo el viejo lema socialista “a cada cual según sus necesidades”, proponiendo su estudio justamente como programa para la economía: el estudio del consumo como objeto primero y primordial. La aportación fundamental de la economía política del revolucionario ruso reside ahí, en desplazar el análisis desde el ámbito de la *producción* al del *consumo*:

“Abrid cualquier obra de un economista. Comienza tratando de la PRODUCCIÓN, el análisis de los medios empleados hoy para crear la riqueza, la división del trabajo, la manufactura, la obra de la máquina, la acumulación del capital. Desde Adam Smith hasta Marx, todos han procedido de ese modo. Solamente a partir de la tercera parte de su obra tratará del CONSUMO, es decir de la satisfacción de las necesidades del individuo, y aun entonces se limitará a explicar cómo se repartirán las riquezas entre los que disputan su posesión. () Se dirá, tal vez, () que es preciso *producir* para *consumir*. Pero antes de producir, sea lo que fuere, ¿no es preciso sentir su *necesidad*? ¿No es la necesidad la que desde el principio impulsó al hombre a cazar, a criar ganado, a cultivar el suelo, a fabricar utensilios y más tarde aún a inventar y construir máquinas? ¿No es asimismo el estudio de las necesidades el que debiera regir a la producción? Sería por lo menos tan lógico comenzar por ahí para ver después cómo hay que actuar para satisfacer esas necesidades por medio de la producción. Esto es precisamente lo que nosotros hacemos” (Kropotkin 2005a:177).

Toda una visión diferente de la economía se abre para Kropotkin a partir de esa idea:

“En cuanto lo consideramos desde este punto de vista, la economía política cambia totalmente de aspecto. Deja de ser una simple descripción de los hechos y deviene en *ciencia*, como lo es la fisiología: se la puede definir como *el estudio de las necesidades de la humanidad y de los medios para satisfacerlas con la menor pérdida posible de fuerzas humanas*. Su verdadero nombre sería el de *fisiología de la sociedad*. Y constituye una ciencia paralela a la fisiología de las plantas o de los animales (). En la serie de las ciencias sociales, la economía de las sociedades humanas viene a tomar el puesto ocupado en la serie de las ciencias biológicas por la fisiología de los seres organizados” (subrayado Kropotkin) (Kropotkin 2005a:178).

Todo el acento pasa en suma de la *producción*, la clave para los marxianos, a la *reproducción* de la fuerza de trabajo, por utilizar su mismo vocabulario. Las consecuencias prácticas son evidentes para la idea misma de la revolución de los anarquistas: “La revolución deberá y podrá garantizar a todos el alojamiento, el vestido y el pan” (Kropotkin 2005a:65). El tema de la satisfacción de las necesidades básicas, de la alimentación, la vivienda y el vestido, se convertirá en epicentro de la reflexión del anarquista. Y ello tendrá trascendentales repercusiones en la manera de ver la ciudad y el territorio.

La creación de una nueva geografía: la integración campo-ciudad

Lo primero que Kropotkin se cuestiona es *cuánto* hay que producir para satisfacer las necesidades humanas básicas de consumo: alimentos, vivienda y vestido. Kropotkin constata subconsumo generalizado no sólo en las colonias y los países artificialmente mantenidos atrasados de Oriente sino también en los países industriales del Occidente europeo. La conclusión para el revolucionario ruso es clara: se consume poco, bastante menos de lo necesario para satisfacer las necesidades básicas. Kropotkin ya había criticado poco antes el concepto de sobreproducción que vemos reflejado en *La conquista del pan*. Recogiendo el monumental estudio de Charles Booth del Londres de los años 1880, Kropotkin recordará que “la cuarta parte de la población de la riquísima capital comercial del Mundo () esta(ba) en la miseria” y una décima parte adicional “no tiene *nada* y vive al día” (subrayado Kropotkin) (Kropotkin, 1888c:518; Kropotkin, 1978:68-69). Una tercera parte del tramo de población más favorecida del planeta, la población urbana de Inglaterra, “el país que ha llegado al máximo desarrollo industrial y que vive a expensas del mundo entero, sin hablar de sus propias riquezas” se situaba en el subconsumo, una situación generalizable a los países más ricos: “Examinad uno por uno todos los artículos expedidos por los países de gran exportación veréis que casi todos se producen en cantidades *insuficientes* hasta para los habitantes del país que los exporta” (Kropotkin, 1888c:181). Cuatro artículos preparatorios publicados en *The Nineteenth Century* sobre los que volveré más adelante son un feroz alegato contra ese absurdo comercio de alimentos y artículos manufacturados que aboca en cambio al subconsumo a bastantes trabajadores urbanos de los países industriales exportadores y a casi todos los campesinos, tanto los de dichos países, como -sobre todo- los de los países exportadores de alimentos. La suma de todos los alimentos producidos en Europa no es suficiente para abastecer a la totalidad de su población. Hay que producir más. Como dice en *La conquista*, “toda la producción ha tomado una dirección absolutamente falsa, puesto que no se realiza con el fin de asegurar el bienestar de todos”; no se produce lo suficiente para alimentar, cobijar y vestir decentemente a “nueve décimas partes de los europeos” (Kropotkin, 2005a:99, 178). De ahí el constante interés del ruso por la agricultura, en especial por la agricultura intensiva: no es casual que los dos más largos capítulos de las doscientas páginas de *La conquista* estén dedicados a “los alimentos” y “la agricultura” (Kropotkin, 2005b:63-84, 199-222)⁴.

La segunda pregunta de Kropotkin es sobre el *cómo* hay que producir para satisfacer las necesidades básicas. La especificidad espacial del discurso kropotkiniano deriva justamente de la crítica a la economía política de un capitalismo que para producir riqueza se basa en diferencias espaciales determinantes. En los textos preparatorios de *La conquista del pan* y en el propio libro se afirma que el capitalismo acentúa artificialmente las diferencias geográficas para crear riqueza. El objetivo clave de la crítica es la *división del trabajo*, a la que dedica un entero capítulo en el libro. A través de una crítica radical a la división del trabajo, lo que el príncipe anarquista pone en tela de juicio es la misma geografía del capitalismo. La división del espacio geográfico en zonas funcionalmente especializadas por la manera de producir y consumir capitalista es el origen mismo de la insatisfacción de las necesidades básicas: “La humanidad debía dividirse en fábricas nacionales, cada una con su especialidad. Rusia, nos

⁴ Frente a la mayor parte de socialistas de su tiempo que afirmaban que en las sociedades civilizadas se producía “mucho más de lo necesario para asegurar el bienestar de toda la población”, que el problema e(ra) simplemente de redistribución y que la revolución social se limitaría a ordenar “que cada cual volviese a su fábrica o taller en tanto que la sociedad tomaría posesión por sí misma de los () beneficios que van a para a manos de los capitalistas”, Kropotkin afirmaba en sus *Memorias* que “la producción había ido por un camino equivocado, siendo esto por completo inadecuado si consideramos cuáles son las necesidades más apremiantes de la vida. Nada de lo necesario para satisfacer estas necesidades esenciales se produce en las cantidades que se requerirían para asegurar el bienestar de todos, (). Esto me llevó a considerar las posibilidades de la agricultura moderna” (Kropotkin, 2005b: 932-933).

enseñaban, está destinada por naturaleza a producir trigo y nutrir con él a las regiones industriales; Inglaterra a hacer tejidos de algodón, Bélgica a fabricar paños, . En cada nación, las provincias y ciudades se especializarían también: Lyon fabricaría sedas, Auvernia encajes y París artículos de fantasía; (...) una era de inmensa fortuna se abría para el mundo” (Kropotkin 2005a:187). Kropotkin no habla sólo en *La conquista* de la división entre trabajadores manuales e intelectuales o de la embrutecedora división técnica de la producción de los obreros de fábrica en múltiples operaciones parcializadas del trabajo sino que contempla además la división espacial del trabajo entre países y regiones productores y exportadores de manufacturas y consumidores de productos agrarios y países y regiones productores y exportadores de alimentos y consumidoras de productos manufacturados importados. La riqueza capitalista se basa en la explotación de esas desigualdades espaciales, de esos desequilibrios:

“Para llegar a retribuir medianamente a algunas categorías de obreros, hoy *es necesario* que el campesino sea la bestia de carga de la sociedad; *es necesario* que las ciudades dejen desiertos los campos, *es necesario* que los pequeños oficios se aglomeren en los barrios inmundos de las grandes ciudades y fabriquen casi por nada los mil objetos de escaso valor que ponen los productos de las grandes manufacturas al alcance de los compradores de salario mediocre (). *Es necesario* que los países atrasados de Oriente sean explotados por los de Occidente” (subrayado Kropotkin) (Kropotkin 2005a:100-101).

La división espacial del trabajo sobre la que insiste Kropotkin de manera central en *La conquista del pan* es la división entre agricultura e industria, entre campo y ciudad. Las riquezas del Occidente capitalista y el origen mismo de la miseria los asocia Kropotkin a la ruptura de la solidaridad campo-ciudad en la Baja Edad Media⁵. Sólo la supresión de esos desequilibrios entre campo y ciudad -unos desequilibrios reforzados por el auge de los estados territoriales y el crecimiento económico del capitalismo- podrá fundamentar una nueva igualdad en el reparto de las riquezas. La nueva economía de la sociedad anarquista igualitaria exige una nueva geografía integrada del campo y la ciudad, los dos términos escindidos, debe *integrar* agricultura e industria a nivel nacional, regional, urbano e individual: “Después de haber dividido el trabajo, *integrar*”, dirá el ruso en *Campos, fábricas y talleres*. En un nuevo “regionalismo económico” (Woodcock, Abakumovic, 1971) , “el hombre agricultor e industrial al mismo tiempo” se distribuiría espacialmente sobre regiones agro-industriales autosuficientes, “territorio(s) que cuente(en) con algunos millones de habitantes”, ya sean regiones donde dominen las comunas agro-industriales federadas o ya regiones urbanas agroindustriales centradas en una gran ciudad (el caso desarrollado en *La conquista*, como veremos) (Kropotkin, 1899:161, 96).

La nueva geografía económica alternativa que construye Kropotkin en *La conquista del pan* la había fundamentado en una serie de cuatro artículos para *The Nineteenth Century* entre 1888 y 1890. La receta que ofrece es clara como el agua: frente a la división, integración. Es necesario que dentro de cada individuo y de cada agregado humano -dentro de cada país, de cada región, ciudad o pueblo- no haya especialización sino combinación de la actividad agrícola con la industrial, es decir, integración del campo y la ciudad: industria y agricultura son dos formas de actividad humana interdependientes que pueden reforzarse. Y ello porque responde además a una tendencia ya en curso. Los cuatro artículos muestran en efecto cómo desde mediados del siglo XIX existe un imparable proceso de descentralización de todo tipo de industrias desde Inglaterra hacia el continente y otras partes del planeta que está acabando con la exclusiva hegemonía industrial británica, un proceso que está llevando

⁵ “La miseria es quien ha hecho a los ricos. Y si los progresos fueron tan rápidos en el curso de la Edad Media, es porque las invasiones y las guerras que siguieron a la creación de los Estados y el enriquecimiento por la explotación de Oriente, rompieron los lazos que en otros tiempos unían a las comunidades agrícolas y urbanas y las condujeron a proclamar, en vez de la solidaridad que antes practicaban, ese principio del salariado, tan grato a los explotadores” (Kropotkin 2005a:175).

en cada país a una “variedad integrada” de actividades. Como consecuencia de ese proceso, las naciones industriales pioneras tendrán crecientes dificultades para vender sus productos en el extranjero e intercambiarlos por alimentos estando por ello obligadas a producir estos últimos en su propio territorio. El ruso insiste en la inexistencia de límites malthusianos al autoabastecimiento de alimentos en los países de la Europa Occidental porque de intensificar la agricultura como se hace en el cinturón de huertas de muchas grandes ciudades europeas hasta la nación más poblada puede aprovisionarse de alimentos. Tal producción sería además rentable si se eliminaran los obstáculos “sociales” (“no naturales”) a la inversión en agricultura, como la renta de la tierra, los impuestos estatales, las cargas de los intermediarios y los intereses de los préstamos. El proyecto futuro es cómo combinar mejor esos requerimientos modernos de una agricultura más intensiva y una industria descentralizada. La mejor forma para Kropotkin es mantener la pequeña industria rural dentro de cada país y reforzarla con mucha de la industria que las ciudades descentralicen a los campos, unos campos cada vez más intensivos desde el punto de vista agrícola en especial en las regiones urbanas. De ello resultará una integración reforzada entre agricultura e industria, un nuevo regionalismo económico que borraré “el viejo antagonismo entre el campo y la ciudad”.

Los razonamientos de estos cuatro artículos clave van a formar el corazón de los tres últimos capítulos de *La conquista del pan* dedicados a la “División del trabajo”, la “Descentralización de las industrias” y “La agricultura” y después de *Campos, fábricas y talleres* (Kropotkin, 1888a; 1888b; 1888c; 1889)⁶. La escala de la descentralización industrial, se afirma en *La conquista*, además de ser europea es ya mundial, como muestran los casos de la India, Méjico y Brasil. La escala regional de la descentralización es, con todo, la más tratada en el libro: “La tendencia para la industria (...) es a la descentralización. Cada nación encuentra ventajoso combinar dentro de su territorio la agricultura con la mayor variedad posible de fábricas y manufacturas (...). Que cada país, cada cuenca hidrográfica, pueda cultivar su trigo y sus legumbres y fabricar por sí mismo todos los productos manufacturados que consume. Esta diversidad es el mejor fruto del desarrollo completo de la producción por el concurso mutuo de cada uno de los elementos del progreso, mientras que la especialización es el freno del progreso. La agricultura no puede prosperar más que junto a las fábricas” (Kropotkin, 2005a:194-195; Woodcock & Abakumovic, 1971:292-297). Lo más nuevo en *La conquista del pan* es cómo la nueva reorganización territorial cristalizará con la revolución social de la comuna liberada, la gran ciudad protagonista de esos cambios. Anunciada en uno de los artículos para *The Nineteenth Century*, en la gran Comuna anarco-comunista formulará Kropotkin un modelo de integración de la ciudad con su región agraria circundante de notable originalidad. Si en la reflexión sobre la descentralización y la combinación de la agricultura con la industria para *The Nineteenth Century* y en *Campos, fábricas y talleres* hablará sobre todo de cómo acercar la ciudad al campo, la industria a la agricultura, la reflexión complementaria en *La conquista del pan* será la de cómo acercar el campo, la agricultura a la ciudad. Que ambos argumentos operaban al unísono en la cabeza del ruso lo demuestra una carta escrita a Jean Grave a finales de 1889, cuando se halla plenamente inmerso en la serie de artículos que lo formarían. Explica a Grave con claridad que la nueva geografía económica de la descentralización industrial y la intensificación agrícola desarrollada en los cuatro artículos para *The Nineteenth Century* deberá necesariamente

⁶ En una carta de finales de 1889 a Jean Grave, editor entonces de *La Révolte*, propone su edición como serie en la revista resumiéndolos así: en el primero se expone “el final del comercio exterior como fuente de enriquecimiento: todos los países producen y producirán ellos mismos las manufacturas que necesitan”; en el segundo se muestra cómo países industrializados como Inglaterra pueden alimentar tres veces más de habitantes con el cultivo intensivo”; en el tercero, que “la industria debe ser descentralizada () y debe ser combinada con la agricultura”; y en el cuarto que “es posible dar a cada uno una educación universitaria y enseñarle un oficio” (Kropotkin 1889) Según el anarquista ruso, esos estudios los había comenzado en 1879 y desarrollado intensamente y discutido con Reclus en sus años de prisión en Clairvaux de 1883 a 1886 para su publicación en *The Nineteenth Century*.

ponerse en marcha nada más desatarse la revolución en la gran ciudad, en la gran Comuna de París. La nueva reorganización económico-espacial es considerada por Kropotkin “de la más alta importancia para la revolución”.

“Todos los socialistas, excepto nosotros, imaginan que cada uno no tendrá más que volver a su trabajo, embolsarse la plusvalía y se acabó. Si la Revolución tiene la desgracia de proceder así, estará perdida. La Comuna de París deberá cultivar ella misma su trigo, sus legumbres, su carne, y lo hará sobre el territorio de partida del departamento del Sena. Ello bastará como territorio, sin hacer sueños agronómicos” (Kropotkin, 1889).

La integración de la Comuna anarquista en su hinterland agrícola

Resolver el consumo de la gran Comuna parisina sublevada será en efecto el objeto central de la propuesta económico-territorial de *La conquista del pan*. La gran ciudad es el *lugar del consumo por excelencia*, el territorio donde la satisfacción de las necesidades se plantea de una manera específica, tanto por las dificultades intrínsecas de abastecimiento alimentario de la ciudad sublevada al interrumpirse las vías de provisión desde el campo como por la propia carestía de la vivienda en un contexto urbano. Su destino en el comunismo anárquico es convertir en realidad plena las tendencias presentes ya en el sistema capitalista hacia un *consumo socializado*, pero sin las trabas que imponen la propiedad privada, el sistema de trabajo asalariado y el estado. Tratados en capítulos particulares de *La conquista del pan*, dos de los grandes apartados del consumo, la alimentación y la vivienda, van a atraer la curiosidad urbana de Kropotkin.

Sin duda, el más importante campo del consumo socializado del que la ciudad va ser protagonista principal es el de los alimentos que la mantienen viva, el del abastecimiento urbano. A la hora de solucionar las necesidades de alimentos, *La conquista del pan* alude sistemáticamente al caso de las grandes ciudades, y más en concreto a la futura “comuna de París” como caso elegido. París es la matriz urbana explicativa para ejemplificar cómo la gran ciudad sublevada deberá idear un nuevo sistema de abastecimiento y consumo junto con su región próxima. La capital aparece en efecto repetidamente ejemplificada en largos pasajes del libro como auténtico laboratorio de la teoría de la producción y el consumo de alimentos de la futura ciudad anarquista (Kropotkin, 2005a:60, 76-84, 196-198, 199-222; Woodcock & Abakumovic, 1970:159, 166, 334). Las razones por las que Kropotkin pensaba en la gran ciudad y más precisamente en París como el ejemplo de la “ciudad anarquista” son claras. París y su Comuna de 1871 constituía el referente fundamental para los anarquistas revolucionarios de su generación y siempre estuvo en la mente de Kropotkin como la ciudad que habría de volver a levantarse como futura comuna anarquista a la que seguirían otras ciudades en su camino. Desde el famoso Congreso de la Federación del Jura de 1880 donde se consolida el anarco-comunismo, la ciudad, la comuna insurrecta es el lugar por antonomasia de la revolución: “es en la Comuna donde bramará la insurrección popular”, se dijo allí. “Tengamos la seguridad, decía por esas fechas Kropotkin en ‘La Comuna de París’, de que la próxima revolución, que en Francia y también en España será comunista, reanudará la obra interrumpida por los asesinos de Versalles” (Kropotkin, 1970:142; Kropotkin, 2001). En “Local action”, un artículo de 1887 de la serie predecesora de *La conquista del pan* para *Freedom*, Kropotkin explicaba que, aun con rasgos comunes, el movimiento revolucionario tomaría en su origen características distintas según los países, diferenciando el caso alemán del francés y el español. Apoyada en levantamientos comunistas, la revolución tomará en los dos países latinos un forma local:

“En Francia, la revolución procederá casi indudablemente proclamando Comunas independientes que tendrán la tarea de llevar a cabo las transformaciones económicas en el interior de sus muralla, o más bien en sus respectivos alrededores. Y en España la entera historia del país es una lucha incesante por la independencia de las provincias y los municipios, cuyas causas radican profundamente en su pasada historia y en las presentes amplias diferencias de

condición económica de las diferentes partes de ese país. La propiedad estatal y el gobierno estatal, que no encuentran apoyo ni entre los actuales partidos políticos, todavía lo tendrán menos en las nuevas condiciones económicas” (Kropotkin, 2005a:60, 76-84, 196-198, 199-222; Woodcock & Abakumovic, 1971:159, 166, 334).

En el marco de esa inminente revolución de comunas independientes, el ruso tomará en *La conquista* el abastecimiento de la futura comuna insurrecta de París como el problema de más inmediata y urgente resolución: “¿Por qué medios una ciudad, en plena revolución social, podría asegurar su alimentación?”, se pregunta (Kropotkin, 2005a:76). Lo prioritario es solucionar el abastecimiento de la gran capital. La importancia que se dedica al tema en el libro no es solamente geoestratégica, es decir, solventar temporalmente un problema de suministro alimentario si los campesinos decidieran por desacuerdo político negar sus productos agrícolas a la ciudad sublevada, sino que implícitamente significa también instaurar con visos de permanencia una nueva organización económico-espacial de la producción y del consumo radicalmente distinta a la existente. En la nueva organización territorial descentralizada que se formulará de manera ya acabada en *Campos, fábricas y talleres*, la gran ciudad abastecida por su campiña circundante podría entenderse como un caso más de aplicación de la teoría de la descentralización y combinación de trabajo industrial y agrícola que ya tenía en la cabeza desde los años ochenta. Pero el París de *La conquista del pan* es una región de características lo suficientemente especiales como para plantearla como caso límite, la auténtica prueba de fuego en la solución del problema del abastecimiento de la Comuna insurrecta; el caso más difícil, por así decirlo. El modelo de funcionamiento autosuficiente de la gran ciudad en el seno de su región circundante, en su caso una región urbana de más de tres millones de habitantes habituada además a procurarse alimento desde regiones muy lejanas, constituía posiblemente una importante piedra de toque de la concepción territorial autosuficiente del anarquista ruso. Ahí, en la gran Comuna parisina autoabastecida, la segunda región urbana más poblada del planeta, era donde se ponía a prueba la misma teoría de la integración funcional entre agricultura e industria.

El modelo autárquico de consumo y producción de Kropotkin para el caso del gran París se basa en una integración total de agricultura e industria soportada espacialmente en la fusión de la ciudad con su campo circundante (Kropotkin, 2005a:196). No sería muy diferente en eso de cualquiera de las comunas agroindustriales dispersas por el territorio que el ruso propone en *Campos, fábricas y talleres* si no fuera porque la base productiva de esa gigantesca agrociedad debe ser, dada las limitaciones de espacio implícitas a cualquier gran ciudad, una agricultura extraordinariamente intensiva. Esa agricultura intensiva es la auténtica clave del arco del urbanismo que el ruso concibe para París (“La agricultura de la Comuna anarquista de París será muy diferente de la de los labradores de las Ardenas”⁷). El objetivo del anarquista es demostrar el autoabastecimiento alimentario de la población de la región de París, un municipio ampliado en un enorme hinterland que englobaba los entonces departamentos de Seine y Seine-et-Oise: 3.600.000 habitantes en 1886. Partiendo de datos estadísticos precisos para conocer el consumo anual de alimentos de los parisinos, los cálculos del ruso eran que las 600.000 hectáreas de esa ciudad-región se podían organizar dedicando un tercio a trigo y otros cereales, otro tercio más a praderas naturales y artificiales para alimentar el ganado que dará carne y leche a la ciudad y una cantidad no muy grande, pero extraordinariamente intensiva, al cultivo de frutas y hortalizas. Algo menos del tercio restante quedaría destinado a suelo urbano en sentido estricto (viviendas, vías de comunicación, parques y bosques,...). Para demostrar que esa ciudad-región autoabastecida por un agricultura intensiva, que usa cultivo en invernadero, calefacción, abonos naturales y abundantes, maquinaria, energía de

⁷ (Kropotkin, 2005a: 84 y capítulo “La agricultura”: 199-222, en especial las pocas pero importantes notas que faltan, hasta donde yo sé, en las distintas ediciones en castellano del siglo XX.

vapor y de electricidad y rotaciones constantes de cultivos, no era un ente que se apoyaba en experiencias ya en curso, ejemplos de explotaciones hortofrutícolas de las afueras de las grandes ciudades europeas y otras de autoabastecimiento intensivo como los de las islas del Canal de La Mancha, Jersey y Guernesey que él conoció personalmente. Repetidamente, la *culture maraîchère* de los huertos de las afueras de París aparece tanto en *La conquista del pan*, como lo hará en más tarde en *Campos, fábricas y talleres*. De hecho, los espacios periurbanos hortícolas de las principales ciudades de Europa occidental, esos espacios que pasan hoy desapercibidos para el urbanita o simplemente son contemplados como futura zona urbana, se destacan sobremanera en estos dos libros pudiéndose rastrear diversos datos agronómicos de esos años de las campañas hortícolas de París, Londres, Bruselas o Milán. La ciudad descrita por Kropotkin es sobre todo esa ciudad exterior, ese cinturón hortícola de agricultura tecnificada, de donde la nueva comuna ha de extraer su alimento vivificador. Quizás las comunidades de las que hablaba el anarquista ruso eran esas explotaciones agrícolas en común de 200 familias a las que alude en *Campos, fábricas y talleres* y poco más tarde en “Communism and anarchy”. O quizás se trata de comunidades más grandes, dadas las prevenciones del ruso hacia los tamaños limitados; es difícil saberlo. Las periferias de las ciudades parecen ser en todo caso para él los lugares ideales para las experiencias de colonias (Kropotkin, 1893:14; Kropotkin, 1895:4; Kropotkin, 1901:38).

La Comuna anarquista de París, la gran ciudad que Kropotkin sugiere, se fundamenta en una plena integración de la ciudad existente con la campiña circundante. Al tratarse de cultivos tan intensivos, el crecimiento urbano tomaría formas más colonizadoras en las áreas agrícolas periurbanas, pues el cultivo en regadío es un poderoso factor multiplicador de la población. Lo más explícito en el libro es que esas explotaciones agrícolas periurbanas crearían una relación mucho más intensa entre la gran ciudad y su campo circundante. Muchos trabajadores de la ciudad dedicados a producción de artículos de lujo no estrictamente necesarios abandonarían sus tareas para dedicarse a la agricultura: “Habrá que cultivar la tierra: combinar en París mismo y en sus alrededores la producción agrícola con la producción industrial, abandonar los mil pequeños oficios de lujo para pensar en lo más urgente: el pan” (Kropotkin, 2005a:192). Además, las tierras agrícolas de la periferia urbana serían trabajadas, al menos durante la cosecha, por trabajadores industriales de la ciudad que interrumpirían su faenas para desplazarse a los cultivos periurbanos. El cultivo intensivo con trabajo estacional de los arrabales rurales de las ciudades, en concreto de Londres, ya había sido sugerido por el ruso en 1888 (Kropotkin, 1888c:529). Inadecuada la especialización en un único trabajo para el desarrollo pleno de las facultades humanas, la combinación de trabajo industrial y agrícola fomentaría una mayor realización personal y aumentaría el flujo diario y estacional de habitantes hacia las afueras y la imbricación más estrecha entre la ciudad construida y su campo circundante. Lo que es seguro es que los espacios internos de la ciudad atraerían los huertos agrícolas a los intersticios de la ciudad edificada: “el parisino producirá (la alimentación) él mismo, bajo sus muros, dentro del espacio de sus defensas (si existen todavía), en algunas horas de trabajo sano y atrayente” (Kropotkin, 2005a:209). La fusión del campo circundante con la ciudad es también explícita cuando se habla de utilizar los residuos urbanos como abonos. La explicación histórica que da Kropotkin de la existencia de la horticultura intensiva en las afueras de las ciudades se centra no sólo en el servicio a un núcleo potente de consumo sino sobre todo en la proximidad a los abonos, a los residuos orgánicos generados por las ciudades, un tema muy debatido durante la segunda mitad del siglo XIX en las ciudades europeas. Propone Kropotkin en *La conquista* generalizar las experiencias agronómicas de utilización del agua de las alcantarillas, como las de las cercanías de Milán. Graham Purchase ha defendido con firmeza el fondo esencialmente ecológico de la concepción del ciclo del consumo de alimentos en Kropotkin (Purchase, 2003). Esta obsesión por trabar campo y ciudad deriva probablemente de la dramática escisión de ese binomio que según su opinión había ocasionado la caída de la ciudad libre medieval, uno de

los puntos más altos, si no el más, en su recorrido histórico por las instituciones de apoyo mutuo. Una ciudad medieval escindida de su campiña circundante había sido la causa de su derrota a manos del Estado (Kropotkin, 1989:218-219). Era el momento de que la nueva ciudad anarquista no repitiese los viejos errores. Y la mejor manera de hacerlo era replantear radicalmente la vieja división entre ciudad y campo circundante con una lógica distinta: unirlos, en lugar de dividirlos.

La ciudad como trabajo acumulado: la vivienda para todos

Sin revestir ni de lejos la importancia de la alimentación, el segundo gran campo del consumo que Kropotkin considera con especificidad en la futura Comuna anarquista es el de la vivienda. Sinónimo como en Reclus de progreso, “las ciudades contienen todos los tesoros de la industria, de las artes y de las ciencias” (Kropotkin, 2005a:23, cap. “Nuestras riquezas), son fruto incuestionable de “nuestras riquezas”. “Las ciudades, dice Kropotkin, (...) son organismos que han vivido siglos. Si cavásemos en sus suelos encontraríamos superpuestas calles, casas, teatros, circos y edificios públicos. Si profundizásemos en su historia, veríamos cómo la civilización de la ciudad, su industria, su genio, han crecido y madurado lentamente por acción de todos sus habitantes antes de llegar a ser lo que son. Y aún hoy, el valor de cada casa, de cada taller, de cada almacén, sólo es producto del trabajo acumulado de millones de trabajadores sepultados bajo tierra y no se mantiene sino por el esfuerzo de las legiones de hombres que habitan ese punto del globo” (Kropotkin, 2005a:24). Es precisamente ese enorme *trabajo acumulado* en la ciudad, ese incalculable patrimonio sedimentado en el solar urbano el que explica que la vivienda pueda alcanzar el alto valor que tiene en las grandes ciudades y el que pueda reivindicarse además como un patrimonio que es de todos, que ningún particular puede en justicia apropiarse.

“La casa debe su valor actual al provecho que el propietario pueda obtener de ella. Pero este provecho se debe a que está construida en una ciudad pavimentada, con luz de gas, con comunicaciones regulares con otras ciudades, con establecimientos de industria, comercio, ciencias y artes; a que esa ciudad tiene puentes, muelles, monumentos arquitectónicos, y a que ofrece al habitante mil comodidades y mil atractivos que no se conocen en las aldeas; a que veinte o treinta generaciones han trabajado para hacerla habitable, sanarla y embellecerla”.

“En ciertos barrios de París una casa vale un millón, no porque contenga en sus muros el equivalente a un millón de trabajo, sino porque *ella se encuentra en París*. Desde hace siglos, los obreros, los artistas, los pensadores, los sabios y los literatos han contribuido a hacer de París lo que es hoy en día; un centro industrial, comercial, político, artístico y científico; porque tiene un pasado; porque gracias a la literatura son conocidas sus calles en el extranjero; porque es producto del trabajo de dieciocho siglos, de medio centenar de generaciones de toda la nación francesa. ¿Quién tiene derecho a apropiarse de la más pequeña parte de ese terreno, o el último de los edificios, sin cometer una manifiesta injusticia? ¿Quién tiene derecho a vender a quien sea la menor parcela del patrimonio común?” (Kropotkin, 2005a: 85-86).

Recordando la abolición de los alquileres durante la Comuna, el anarquista ruso reivindica el natural derecho de todos los trabajadores de París al alojamiento gratuito, la legitimidad del pueblo a reclamar una vivienda confortable y gratuita; la expropiación y el reparto de las viviendas existentes. La gran ciudad con sus casas, foco esencial de concentración de lo que ahora llamaríamos “rentas de posición”, es patrimonio de todos porque no tenemos derecho a apropiarnos del trabajo allí acumulado a lo largo de generaciones. Como tal patrimonio, es como un monumento: no pertenece a nadie pero todos lo pueden disfrutar. La ciudad no es capital fijo (*spatial fix*) como la ha visto la reflexión del postmarxismo urbano y singularmente el más sugerente de sus representantes, Harvey, sino que es contemplada toda ella, la parte productiva y la reproductiva, como espacio de expropiación inmediata por parte del trabajador: la ciudad es capital social, patrimonio social acumulado para libre consumo y disfrute de todos. La reflexión de Kropotkin sobre la vivienda no

acaba ahí. El anarquista ruso consideró la forma en la que la vivienda (una vivienda que el prefería ajena a los modelos del falansterio, sino y probablemente unifamiliar rodeada de huerto y jardín) podía sufragarse desde la explotación agrícola cooperativa intensiva y dio gran importancia a estudiar la mejor manera en que la mujer pudiera liberarse de la explotación del trabajo doméstico evitando las monótonas y alienantes faenas caseras por medio de servicios urbanos centralizados y mecanizados de agua caliente, cocina, lavado, mantenimiento etc... de carácter colectivo, organizados por manzanas residenciales (Kropotkin, 2005a: 123 y ss; Kropotkin, 1899:98-99, 170).

La ciudad como consumo socializado: los servicios públicos urbanos

En la tercera reflexión sobre la ciudad desde el punto de vista del consumo, Kropotkin se va a apoyar mucho más en una visión optimista de la evolución de algunos rasgos de la ciudad de su tiempo donde se observaba una indiscutible marcha hacia la *socialización del consumo*. Se trata de una más de las tendencias hacia el comunismo, un proceso que él juzga ya en acto y se expresa de manera imparable en lo que ahora denominamos infraestructuras y equipamientos urbanos. En *La conquista del pan*, Kropotkin agrupa en dos epígrafes las tendencias que han actuado en contra de la “corriente individualista” y que tratará *in extenso* en los dos últimos capítulos de *El apoyo mutuo*. Las primeras responden a la “tendencia a conservar todo lo que queda del comunismo parcial de la antigüedad”, donde Kropotkin trata sobre todo de las comunas aldeanas (penúltimo capítulo de *El apoyo mutuo*) y de la sociabilidad de la pobreza en las grandes ciudades. En las segundas se tiende a “restablecer el principio comunista en las mil y mil manifestaciones de la vida” (“porque sin cierta dosis de comunismo, dice no podrían vivir las sociedades actuales”). Esas organizaciones se basan en el mismo principio de *a cada cual según sus necesidades* y, aunque no lo haga explícito, la gran mayoría de las que enumera Kropotkin en *La conquista* son las que él había visto desarrollarse en las ciudades de su tiempo, como “servicios públicos” urbanos. Efectivamente, ese lugar crucial que es la ciudad sigue una línea de evolución tendencial hacia una progresiva socialización del consumo que se manifiesta con claridad en lo que el ruso denominará más tarde “instituciones municipales”, pero a las que ya hacía alusión implícita en “The coming anarchy” en 1887.

“A pesar del giro egoísta extendido por la producción mercantil de nuestro siglo, la tendencia comunista se revela a cada instante (...). El puente por cuyo peaje pagaban los transeúntes desaparece y se hace de uso común (...). Museos, bibliotecas gratuitas, escuelas públicas gratuitas; parques y jardines; calles pavimentadas e iluminadas gratis para el disfrute de todos; agua a domicilio y con tendencia general a no tener en cuenta la cantidad consumida; tranvías y ferrocarriles que han comenzado ya a introducir ya el billete de abono mensual o la tarifa única y que seguramente irán más lejos cuando no haya ya propiedad privada; todo eso son signos que muestran en qué dirección se mueve el progreso” (Kropotkin, 1887b:151).

Los servicios urbanos de los que hablaba Kropotkin incluían por un lado las infraestructuras y redes técnicas urbanas gestionadas por empresas privadas desde mediados de siglo. En esas empresas de agua, luz, urbanización viaria o transporte se observaba la creciente “tendencia a no tener en cuenta la cantidad consumida -Toma lo que necesites”, dice en *La conquista*-; es decir, a establecer tarifas constantes, billetes reducidos por temporada o por zonas donde el gasto tendía establecerse de manera fija independientemente del número de viajes o kilómetros recorridos (Kropotkin, 2005a:44, 42-46). La imparable tendencia a la socialización de los servicios urbanos se manifestaría pocos años después con su municipalización en muchas ciudades europeas donde la socialdemocracia se hizo con las riendas de los ayuntamientos: se implantaron tarifas únicas y los precios de los billetes y de los servicios además descendieron apreciablemente con la electrificación. Kropotkin, volverá a citar ese tema en “Communism and anarchy”, un artículo en *Freedom*. Sólo veía dos obstá-

culos finales a salvar para que el comunismo pleno llegara a esos servicios municipales: que las tarifas se pagasen en dinero y no en trabajo y que el ciudadano usuario no participase directamente en la gestión de tales infraestructuras (Kropotkin, 1901:30, 38).

Kropotkin hacía notar además “la tendencia a poner las necesidades del individuo por encima de la evaluación de los servicios prestados”. Se refería a los equipamientos donde la propensión creciente hacia la socialización no supone ya pago alguno. Aquí se habla todavía más claramente de un consumo que responde a necesidades más elevadas. El ruso incluye en su reflexión numerosos equipamientos de carácter cultural, que sobrepasan lo que se podría entender como “reproducción” (de la fuerza de trabajo), pues figuran ahí además de las escuelas y comedores infantiles gratuitos, los parques de acceso libre, los museos y las bibliotecas. Aludía a las grandes bibliotecas públicas de Londres o de Berlín libres de pago, donde implícitamente se asume que el “prestar un servicio a tal o cual individuo es un servicio prestado a todos” (Kropotkin, 2005a:44). Esas bibliotecas, donde se pueden tomar prestados libremente tantos libros como se quiera “y si es necesario (el bibliotecario) os ayuda a buscarlos en el catálogo”, son la mejor demostración de un tiempo de ocio, de un tiempo libre vivido de manera plena, de un tiempo de vida acrecentado disponible para la plena realización cultural del individuo. Era en esos lugares prototípicamente urbanos donde habían de desembocar los cambios revolucionarios que permitían reducir sustancialmente el tiempo de trabajo. En los cálculos que realizaba Kropotkin en *La conquista del pan* la jornada laboral de la comuna anarquista parisina se había reducido a cinco horas frente a las nueve o diez habituales en esos años. Para Kropotkin, como se ve en su obra, la libertad del individuo no es un derecho abstracto sino un tiempo de vida ganado a un trabajo que ha de ser mínimo y lo más variado posible. Menos trabajo equivale a más libertad. En esa ecuación fundamental que iguala libertad a tiempo libre ve el anarquista al destino final de la anarquía, la plena realización del individuo. “El tiempo libre después del pan: he ahí el supremo objetivo” (Kropotkin, 2005a:108, 102-105). Y posiblemente también veía ahí Kropotkin la plena realización, el destino mismo de la ciudad: el de ser el lugar ideal para recrear el nuevo tiempo de vida: “Todo lo que rodea al hombre en su hogar, en la calle, en el interior y el exterior de los monumentos públicos, debe ser de pura forma artística. Pero esto no podrá realizarse más que en una ciudad donde todos disfruten de bienestar y de tiempo libre” (Kropotkin, 2005a:119).

Epílogo: dos notas sobre el legado de *La conquista del pan*

No es objeto de este texto reconstruir el multiforme camino por el que los lectores anarquistas adaptaron las enseñanzas de *La conquista del pan* a sus reivindicaciones en la acción política y sindical o a sus sueños de una sociedad definitivamente liberada. Más allá de su indudable relación con una larga tradición insurreccional de carácter local y federal –expresada con mucha claridad en el Sexenio–, sería interesante investigar hasta qué punto en los años republicanos la fuerza de la idea de una revolución que se declara de entrada local, de una comuna revolucionaria insurrecta que aspira luego a la federación posterior solidaria con otras comunas, es heredera de la visión del proceso revolucionario defendida por Kropotkin y las tesis anarco-comunistas. Los diversos estallidos revolucionarios locales de la Segunda República que declararon el comunismo libertario en el marco del municipio libre son descendientes directos, no ciertamente de la *La conquista del pan* pero sí de una manera de ver el proceso revolucionario que el texto de Kropotkin ayudó en buena medida a consolidar al convertirla en canónica. Como pensaba el revolucionario ruso, España era por su diversidad local y regional un país especialmente apto para extender la nueva Comuna anarquista parisina a otros territorios hermanos.

Más cercano al propósito de estas páginas es sugerir la posible influencia de un libro tan leído en las numerosas luchas sobre el consumo urbano que marcan los años de entreguerras. La búsqueda de conexiones del libro Kropotkin con las huelgas de alquileres de los años treinta, un campo donde se han estudiado más las acciones y sus consecuencias que no

sus orígenes ideológicos podría ser un primer campo de análisis obvio (Rider, 1989; Oyón, 2007; CNT, sf). Otro campo de investigación lo constituye el rico imaginario de proyectos de ordenación territorial que brotaron del mundo libertario durante la Segunda República y su más o menos directa filiación con la reflexión territorial del anarco-comunista ruso. Del comunalismo autosuficiente de Urales a las tesis anarcosindicalistas de Besnard o los modelos mixtos -y diversos entre sí- de Isaac Puente, Gastón Leval, Abad de Santillán o Higinio Noja, Xavier Paniagua ha recorrido ese rico mundo de ideas de imaginación espacial del comunismo libertario pensadas para desplegarse con la revolución (Paniagua, 1982). Eduard Masjuan, que reduce las propuestas a una vía anarco-comunalista y una anarco-sindicalista con preeminencia del plan, insiste en coincidencias esenciales en ambas, como la organización de abajo arriba de los municipios en federaciones y, en especial, la insistencia en una descentralización de las grandes ciudades paralela a la búsqueda de una “síntesis estable entre el campo y la ciudad” que se confirmará en la ponencia sobre el Comunismo libertario aprobada en el Congreso de la CNT de Zaragoza de mayo del 36 (Masjuan, 2000:161-202). Nada más próximo a la esencia del mensaje territorial de Kropotkin que esa “simbiosis agro-industrial”, algo por otra parte presente también en el urbanismo descentralizador inspirado en la ciudad-jardín de *La urbanística del porvenir* de Martínez Rizo o incluso en Aláiz (Martínez Rizo, 1932; 1935; Aláiz, 1945-1947, 1971; Bonet Correa, 2011).

De la misma forma que en los años treinta el mensaje de *La conquista del pan* había calado hondo en los que deseaban organizar el territorio del comunismo libertario sobre nuevas bases, el libro de Kropotkin merece igualmente una relectura desde nuestras preocupaciones ecológicas hoy en día⁸. No por casualidad, la ciudad-jardín de Howard que inspiraba a Martínez Rizo había sido durante el primer tercio del siglo XX el importante nexo de unión entre la propuesta territorial de integración campo-ciudad de Kropotkin y el naciente regionalismo proto-ecológico de Geddes y Mumford. Culminación de *La conquista del pan* como sabemos, *Campos, fábricas y talleres* aparecerá citado en la edición de 1902 de *Garden Cities of tomorrow* como demostración de las enormes posibilidades de autoabastecimiento de alimentos próximos para la nueva ciudad-jardín. Los granjeros de la corona agrícola de la ciudad-jardín dispondrían, decía Howard, de una urbe de 30.000 habitantes “a sus puertas” (Howard, 1972:144, 210). La influencia de Kropotkin es evidente en el más directo colaborador de Howard, Thomas Adams, Secretario de la *Garden City Association* desde 1901. Con la influencia de Kropotkin (y Reclus) sobre Howard y los regionalistas, una línea radicalmente opuesta al urbanismo de la centralizada ciudad funcional del Movimiento Moderno, se abrirá según Peter Hall toda una línea regionalista del urbanismo que, como el urbanismo de Kropotkin o Reclus, yo pienso puede llamarse con propiedad proto-ecológica (Hall, 1996; Hall & Ward, 1998; Oyón, 2011). Ahí reside en mi opinión lo más trascendente de *La Conquista del pan*. Lo importante en Kropotkin desde el punto del vista de un urbanismo ecológico no es en sí la noción de autosuficiencia alimentaria sino la misma idea de proximidad geográfica de producción y consumo que el pensamiento ecológico ve hoy como absolutamente esencial para el ahorro energético y la drástica disminución de los gases de efecto invernadero. Esa deseada proximidad entre producción y consumo, agricultura e industria, campo y ciudad en definitiva, constituye la esencia del mensaje de reordenación económico-territorial del anarquista ruso que hoy debiéramos rescatar. Comenzar a entender el metabolismo de la ciudad, cómo consume sus alimentos o puede reciclar sus desechos orgánicos, como se hace en *La conquista*, puede ser un excelente punto de partida.

Equipados con esa esencial visión de la ciudad desde el consumo, a los anarco-ecologistas que hoy en día releen *La conquista del pan* les confortará finalmente comprobar que no están solos en ese camino. Que su visión de la ciudad desde el consumo es ahora compartida

⁸ Para una relectura de algunos elementos políticos de actualidad del libro de Kropotkin ver (Royo Hernández, 2007).

desde otras posiciones socialistas tradicionalmente alejadas; que la idea kropotkiniana de apropiación de toda la ciudad como trabajo acumulado, de sus viviendas y sus servicios, de su infraestructuras y de su entero patrimonio cultural que reclaman como “derecho a la ciudad”, es algo que, reactualizando una lectura que Lefebvre hizo hace tiempo, marxistas como Harvey ven hoy como futuro inexcusable de las luchas urbanas contra el capitalismo. En la Comuna de París, recuerda Harvey, se suprimieron los alquileres y el pueblo reclamó su derecho incontestable a la ciudad que él mismo había edificado. Es lo mismo que tantos anarquistas españoles sabían y habían leído en *La Conquista del pan* de Kropotkin. La dinámica de la explotación de clase no se limita al lugar de trabajo. La ciudad desde el consumo, desde la reproducción, como lugar de lucha y aglutinación de un nuevo sujeto revolucionario hasta no hace mucho dejado de lado, es igualmente importante como estrategia para enfrentarse al capital: “todos aquéllos cuyo trabajo está dedicado a producir y reproducir la ciudad tienen el derecho colectivo, no solo a disponer de lo que producen, sino también a decidir qué tipo de urbanismo se debe producir, dónde y cómo” (Harvey, 2013:201; Castells, 1986). Los que alimentan la ciudad, la producen y la cuidan, los que contribuyen a que funcione correctamente cada día los primeros. Toda esa ingente cantidad de gente obrera que ya no es el proletariado industrial clásico pero que compone cada vez más la masa de los y las de abajo en las ciudades del capitalismo desarrollado. La ciudad desde el consumo, el auténtico filón del urbanismo utópico anarquista y del regionalismo proto-ecológico que luego inspiró, puede trabajar codo con codo con esa renovada visión de la ciudad de los marxianos que amplía su tradicional visión desde la producción.

Referencias bibliográficas

- ALAIZ, Felipe (1971, [1937]) *Por una economía solidaria entre el campo y la ciudad*, Barcelona: CNT-FAI.
- ALAIZ, Felipe (1945-1947) *Hacia una federación de autonomías ibéricas*, Rennes: Biblioteca Tierra y Libertad.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1976) *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid: Siglo XXI.
- ARANDA, Vicente (1990) film.
- BONET CORREA Antonio (2011) “Teoría de la ciudad anarquista en España”, *Ciudad y Territorio-Estudios Territoriales*, vol. XLIII, n. 168-169, pp: 507-513.
- BREITBART, 1988 Myrna M. ed. (1988), *Anarquismo y geografía*, Vilassar de Mar: Oikos-tau.
- CASTELLS, Manuel (1986) *La ciudad y las masas*, Madrid: Alianza Editorial
- CNT (sf), *La huelga de inquilinos. Tenerife, 1933*, Santa Cruz de Tenerife: CNT Canarias
- DÍAZ, Carlos (1973) “Prólogo” a KROPOTKIN, Piotr, *La conquista del pan*, Bilbao: Zero.
- FERNÁNDEZ SANTOS Jesús (1984) *Los jinetes del alba*.
- FERRETTI, Federico (2007) *Il mondo senza la mappa: Élisée Reclus e i geografi anarchici*, Reggio Emilia: Zero in Condotta,
- FIGUERAS, Valentín (2009) *Vivir de pie. Las guerras de Cipriano Mera*, film
- HALL, Peter (1998) *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX* (Barcelona: El Serbal, 1996);
- HALL, Peter, WARD Colin (1998) *Sociable Cities: the Legacy of Ebenezer Howard*, N. York: John Wiley.
- HOWARD, Ebenezer (1998) “Ciudades jardín del mañana”, (1972, [1902]) en AYMONINO, Carlo (ed.), *Orígenes y desarrollo de la ciudad moderna*, Barcelona: Gustavo Gili, pp: 144, 210.
- ROYO HERNÁNDEZ, Simón (2007) “La conquista del pan: Volviendo a una obra de Kropotkin”, *Germinal, Revista de estudios libertarios*, 3, abril, pp: 13-34.
- KROPOTKIN, Peter (1887a) “The scientific basis of anarchy”, *The Nineteenth Century*, vol. XXI, n° 120, february, pp: 238-258.
- KROPOTKIN, Peter (1887b) “The coming anarchy”, *The Nineteenth Century*, vol. XXI, n° 126, august, pp: 149-164.

- KROPOTKIN, Peter (1887c), “Local action”, en *Act for yourselves: articles from Freedom 1886-1907*, Nicolas Walter & Heiner Becker, eds., Londres: Freedom Press.
- KROPOTKIN, Piotr (1888a), “The breakdown of our industrial system”, *The Nineteenth Century*, vol. XXIII, n° 134, abril, 1888, pp: 497-516.
- KROPOTKIN, Piotr (1888b) “The coming reign of plenty”, *The Nineteenth Century*, vol. XXIII, n° 136, june, 1888, pp: 817-837.
- KROPOTKIN, Piotr (1888c) “The industrial village of the future”, *The Nineteenth Century*, vol. XXIII, october, pp: 513-530.
- KROPOTKIN, Piotr (1889), Carta a Jean Grave, Institut Français d’Histoire Sociale, -IFHS-, Fondo Jean Grave, 114 AS, Cartas de Kropotkin a Jean Grave, 671.
- KROPOTKIN, Piotr (1890) “Brain work and manual work”, *The Nineteenth Century*, 1890, pp: 476-475.
- KROPOTKIN, Peter (1893) “Advice to those about to emigrate”, *Freedom*, march 1893.
- KROPOTKIN, Peter (1895) “Proposed Communist Settlement: a new colony for Tyneside or Wearside”, *The Newcastle Daily Chronicle*, 20 february.
- KROPOTKIN, Pedro (1899; s.f.) *Campos, fábricas y talleres*, Barcelona: E. Bauza.
- KROPOTKIN, Peter (1901) “Communism and anarchy”, *Freedom*, july 1901, 30-august 1901.
- KROPOTKIN, Pierre (1970) “Mémoire présenté au Congrès jurasienne de 1880 par la Fédération ouvrière du district de Courtelary”, en GUÉRIN, Daniel, *Ni Dieu ni Maître. Antologie de l’anarchisme*, Paris: La Découverte.
- KROPOTKIN, Pedro (1978 [1894]) “Los tiempos nuevos”, en *El pensamiento de Pedro Kropotkin*, antología con selección, prólogo y notas de CANO RUIZ, Benjamín, México: Editores Mexicanos Unidos S.A, pp: 45-124, 91.
- KROPOTKIN, Piotr (1977) “La ciencia moderna y la anarquía”, en *Panfletos revolucionarios*, ÁLVAREZ JUNCO, José, ed, Madrid: Ayuso.
- KROPOTKIN, Pedro (1989 [1902]) *El apoyo mutuo*, Móstoles: Madre Tierra.
- KROPOTKIN, Piotr (2001) [1882], *Palabras de un rebelde* Barcelona: Edhasa.
- KROPOTKIN, Piotr (2005a) [1892] *La conquista del pan*, Buenos Aires: Libros de Anarres.
- KROPOTKIN, Piotr (2005b) [1899] *Memorias de un revolucionario*, Oviedo: KRK.
- MARTÍNEZ RIZO, Alfonso (1932) *Urbanística del porvenir*, Valencia: Cuadernos de Cultura;
- MARTÍNEZ RIZO, Alfonso (1935), “Urbe”, *Estudios*, 14, Valencia.
- MASJUAN, Eduard (2000), *La ecología humana en el anarquismo ibérico*, Barcelona: Icaria.
- MINTZ, Frank (2005) “Prólogo” a KROPOTKIN, Piotr, *La conquista del pan*, Buenos Aires: Libros de Anarres.
- NETTLAU, Max (1978) *La anarquía a través de los tiempos*, Madrid: Júcar.
- OYÓN, José Luis (2007) *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona: Ediciones del Serbal.
- OYÓN, José Luis (2011) “Dispersión frente a compacidad: la paradoja del urbanismo protoecológico”, *Ciudad y Territorio-Estudios Territoriales*, vol. XLIII, 169-170, pp: 515-532.
- PANIAGUA, Xavier (1982) *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español, (1930-1939)*, Barcelona: Crítica.
- PUENTE, Isaac, *El comunismo libertario* (1932), Valencia: Biblioteca de Estudios.
- PURCHASE, Graham (2003) *Peter Kropotkin. Ecologist, Philosopher and Revolutionary*, Ph. D. University of New South Wales Sidney.
- RECLUS, Élisée (1887) “La richesse et la misère”, *Le Révolté*, 12, 25 juin-1 juillet, *La Révolte*, 8, 5-11 Novembre.
- RIDER, Nick (1989) “The practice of direct action: The Barcelona rent strike of 1931”, en GOODWAY, David (ed.), *For Anarchism*, Londres, pp: 79-109
- WALTER, Nicolas & BECKER, Heiner (1988) “Introduction”, en KROPOTKIN, Peter, *Act for yourselves: articles from Freedom 1886-1907*, Nicolas Walter & Heiner Becker, eds, Londres: Freedom Press.
- WOODCOCK George, ABAKUMOVIC, Ivan (1971) *El príncipe anarquista*, Madrid: Júcar.